

## **“ERA COMO UNA DROGA ESCUCHARLO A PERÓN”. RECORDANDO LA MILITANCIA TREINTA AÑOS MÁS TARDE (1955 A 1976)**

Pablo Pozzi\*

RESUMEN: Entrevistar a viejos militantes implica caminar la delgada línea entre memoria y recuerdos. Más aún, para muchos de estos testimoniantes el evocar su activismo pasado implica recordar una serie de hechos que, en general, son una parte integral (y casi siempre heroica) de la personalidad y la identidad actual. De hecho, aun cuando el entrevistado se arrepienta de su paso por la militancia, tiende a exaltar su actividad y sus consideraciones en lo que entienden como su momento de “protagonismo histórico”. A partir de los testimonios en el archivo del Programa de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires, esta ponencia intenta una aproximación al análisis de la relación entre memoria, recuerdo y identidad del entrevistados que militaron entre 1955 y 1976. Así, la ponencia se centrará en dos temas interrelacionados. Primero, la narrativa de los entrevistados en cuanto al tono y al lenguaje, considerando en particular la construcción de imágenes determinadas. Y segundo, la memoria y el mito en la construcción de una historia personal como prisma para ver una historia sociopolítica.

ABSTRACT: Interviewing older militants involves walking the fine line between memory and memories. Moreover, for many of these testimoniantes the evoke his past activism involves remembering a series of events that, in general, are an integral part (and often heroic) personality and the current identity. In fact, even when respondents regret passing through militancy, tends to exalt its business and considerations on what they understand as their moment of "historical prominence" From the evidence on file with the Oral History Program at the University of Buenos Aires, this paper attempts an approach to analyzing the relationship between memory, memory and identity of the respondents who are active between 1955 and 1976. Thus, the paper will focus on two interrelated themes. First, the narrative of the respondents in tone and language, especially considering the

---

\* PhD en Historia (SUNY at Stony Brook, 1989), es profesor Titular Plenario, en el Departamento de Historia y director del Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (Argentina). Es miembro de la comisión directiva de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina (AHORA). E mail: [puzzi@arnet.com.ar](mailto:puzzi@arnet.com.ar)

construction of certain images. And second, memory and myth in the construction of a personal story as a prism for a socio-political history.

Hace ya muchos años había terminado una larga investigación sobre la reacción de los trabajadores argentinos frente a la dictadura militar de 1976-1983. Allí descubrí algo que debería haber sido obvio: en todo grupo social hay militantes políticos, activistas sociales y una mayoría sin participación de ningún tipo. Al mismo tiempo, la relación entre los tres niveles conformaba una articulación necesaria para toda actividad colectiva. Si bien no todo el mundo era, o deseaba ser, militante éstos tenían una relación profunda con el conjunto de una clase social y, en el caso que a mí me interesaba, con la clase obrera. De hecho, el “ser militante” no era ni algo constante ni permanente: individuos que no lo habían sido podían serlo, y aquellos que lo eran podían retornar a casa y abandonar toda actividad política o social por un tiempo. Más aún, los principales determinantes de esta participación no eran ideológicos sino clasistas, raciales y de género, donde el entorno social y la historia familiar constituían la base material, el contexto necesario para la militancia. Así, la participación militante era algo subjetivo, cuya realización modificaba profundamente la conciencia aun cuando la persona abandonara esa actividad. Esa modificación marcaba fuertemente los recuerdos y la memoria, donde la evocación de la vida militante, o activista, tomaba características míticas que en los relatos servían no sólo como coordenadas de una vida, sino también como visión del presente. Era indudable que esa participación política había marcado fuertemente los recuerdos hasta el punto de convertirse en centrales a toda memoria. Para mis entrevistados la militancia, hacía más de treinta años, había enriquecido sus vidas modificando su visión del mundo y de sí mismos. Al mismo tiempo en su articulación con un grupo social más amplio, esta subjetividad se convertía en un prisma desde donde intentar aproximarse a las estructuras de sentimiento, tal y como las definió Raymond Williams, que definían a un obrero como tal y lo diferenciaban de otras clases y sectores sociales.

La narración de todo entrevistado, y la vida de todo individuo, se ven fuertemente marcadas por aspectos de clase, género y raza. Los tres aspectos se articulan dinámicamente para sugerir procesos sociales complejos, donde la vida de cada individuo construye la del conjunto que así no es una mera sumatoria de experiencias individuales,

sino que constituye una entidad superior, colectiva, producto de la articulación de las experiencias individuales. Al revisar docenas de testimonios de militantes y activistas argentinos lo que emerge es una imagen donde los elementos que pueden ser denominados “de clase social” determinan los aspectos de género y de raza tanto en el posicionamiento del testimonio, como en las imágenes seleccionadas en la narración, y en el balance que se hace de la propia vida. Lo que nos interesa, principalmente, es cómo la subjetividad evidente en los testimonios nos permite comenzar a aproximarnos a un colectivo social realmente existente como es el de la clase obrera. En este caso consideraremos sólo algunas narraciones de antiguos militantes argentinos cuya actividad política se desarrolló entre 1960 y 1989 y que en la mayoría de los casos no habían sido entrevistados por otros investigadores. Los testimonios considerados son relativamente extensos, abarcando muchas horas, y sólo tomaremos algunos ejemplos en torno a las causas de la politización del entrevistado para luego tratar, brevemente, algunos balances a una vida de militancia, todo para sugerir posibles conclusiones en torno a cómo la subjetividad en los testimonios revela improntas de clase social.

En lo anterior es notable la diferencia entre aquellos entrevistados cuya militancia o activismo tuvo características dirigentes y aquellos cuya participación fue muy pasajera o de base. Aquí hemos optado por trabajar con testimonios de militantes de base en función de acceder a características contrastantes en torno a la subjetividad. En estos casos, ser entrevistados jerarquizaba sus vidas por lo que el planteo de recurrir a su memoria no sólo los hacía sentir como protagonistas de la historia, o sea “importante”, sino que también los obligaba a una búsqueda y a evocar recuerdos en función de construir una memoria en particular. Estos testimonios tienden a ser de una gran riqueza en cuanto a lo que aportan para la comprensión de una subjetividad determinada pero, al mismo tiempo, son más confusos en cuanto a narración, más imprecisos y desorganizados, sobre todo por que el presente es el punto de referencia evidente y obligado. En cambio, aquellos que fueron dirigentes han realizado un balance cercano a la “historia oficial” que contribuyeron a construir. Así “su memoria” tiende a haberse cristalizado en una narrativa coherente, seductora, muy armada, pero de escasa riqueza en términos de la subjetividad. Más aún, en estos casos el testimonio se encuentra, en forma subyacente, fuertemente condicionado por la ubicación política y una posible continua exposición a la represión. En particular estos

dirigentes han brindado sus testimonios repetidas veces, e inclusive algunos han redactado sus memorias. En el sentido de rastrear subjetividades, los testimonios de dirigentes se revelan como de menor utilidad, ya que sus expresiones “cristalizadas” tienden a ocultar las premisas subjetivas en un discurso racional y cuidadosamente armado. Esto no quiere decir que no sean útiles para nuestros fines, sino que son preferibles los de los militantes de base precisamente por no haber sido previamente estructurados.

Los historiadores Viano, Ríos y Pasquali han señalado la problemática de entrevistar a militantes, remarcando las diferencias entre “primerizos” y “avezados” y señalando que en “el caso de militantes que han sido entrevistados una y otra vez... siempre dicen lo mismo”. (PASQUALI, RIOS, VIANO. 2006) Así, la memoria de los “avezados”, en el sentido de una narración de impresiones vividas, tiende a ser una construcción a partir de recuerdos o hechos pasados que vienen a la mente y que articulan en un relato armado y repetitivo pero muy claro y sin rupturas ni contradicciones. Asimismo, los “primerizos”, si bien tienen la frescura de un relato no cristalizado, también tienden a no haber armado una memoria como narración consolidada donde lo relatado tiene cierta confusión y es más contradictorio. Como tal, el historiador interesado en la subjetividad debe apuntar a penetrar el relato para buscar aquellos elementos individuales que conforman constantes de lo que se puede denominar una conciencia colectiva. Esto es así por cuanto la principal utilidad de la historia oral, y la tarea de todo historiador, es tratar de explicar procesos históricos y sociales. O sea, estos testimonios, más allá de sus cualidades humanas o de la información que puedan brindar, tienen sentido en la medida que los utilizamos como prismas para aproximarnos a experiencias colectivas, o sea históricas.

Entrevistar a viejos militantes implica caminar la delgada línea entre memoria y recuerdos. Más aún, para muchos de estos testimoniantes el evocar su activismo pasado implica recordar una serie de hechos que, en general, son una parte integral (y casi siempre heroica) de la personalidad y la identidad actual. De hecho, aun cuando el entrevistado se arrepienta de su paso por la militancia, tiende a exaltar su actividad y sus consideraciones en lo que entiende como su momento de “protagonismo histórico”. A su vez esta construcción de una memoria determinada registra la fuerte impronta de dos factores interrelacionados. Como ya señalamos, el primero es la perspectiva de clase, género y raza.

El segundo tiene que ver con la situación actual de vida y el balance personal de la experiencia. Así, para algunos la militancia es narrada como una experiencia jocosa, para otros es profundamente dolorosa, mientras que para otros la militancia es considerada en tonos casi redentores, y todos hacen grandes esfuerzos no sólo para que sea comprendida sino para que esta experiencia sea relevante en la actualidad. Al decir de uno de los entrevistados: “¿Cómo le explico todo esto a mis hijos?”<sup>i</sup> Las entrevistas revelan una subjetividad insospechada donde política, ideología y tradición tienen poco que ver con nuestros modelos analíticos derivados de la politología.

Cuando comencé a investigar la guerrilla argentina, y en particular al Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), allá por 1988, me interesaba en particular explorar el por qué un obrero se hacía guerrillero. Esto era importante porque en la visión más común, la guerrilla argentina había sido un fenómeno de sectores medios estudiantiles radicalizados tanto por las constantes dictaduras argentinas como por eventos internacionales, como el ejemplo del Che o la guerra de Vietnam. El tema de quiénes y por qué se politizaron era importante ya que sugería cosas sobre nuestra interpretación de la sociedad argentina. Por ejemplo, que la violencia siempre había sido parte de la política nacional, o que la clase obrera al ser peronista no era todo lo impermeable que pensábamos a la izquierda marxista.

Entre los militantes que aceptaron hablar conmigo estaba Héctor, obrero, hijo de obreros, cuya madre era una de las dirigentes naturales y fundadoras del PRT-ERP en el ingenio de San José de Tucumán. La entrevista fue larga y realizada en dos sesiones agotadoras. Héctor es una persona de hablar tranquilo –callado, diríamos—que hizo mucho esfuerzo por hacerme comprender con precisión su vida para que, a través de ella, pudiera comprender tanto a sus compañeros, como a su familia, y a su opción política ideológica. Las palabras fluyeron con una simpleza que realmente no era tal. Cada frase revelaba mucha reflexión, aunque la narración aun no se hubiera cristalizado. Su testimonio establece que la militancia guerrillera fue una cuestión familiar, de amistades y del conjunto de la población, íntimamente vinculada a la cultura y las tradiciones de su zona. Así, la imagen que emerge es una por la cual su incorporación a la militancia y al PRT-ERP fue algo natural, producto de la experiencia de vida y de la estructura de sentimiento forjada durante varias generaciones de una familia obrera.<sup>ii</sup>

Yo era muy *pibe*, justo habíamos ido todos los *pibes* del sindicato, venían los negros que se querían *morfar* todo porque habían visto directamente por primera vez a la policía reprimir y se habían enterado de la muerte de esta maestra, se llevaron presos a varios, fueron a la policía, cagaron a piedrazos la comisaría, actos muy, muy violentos... Después de eso surge que la gente llega a plantear la necesidad de armarse para poder defenderse del atropello policial que habían sufrido en ese momento. ... Y yo en esa época iba a la escuela y se ve que no andaba muy bien, y entonces *mi vieja* para hacer los deberes me mandaba a la casa de dos compañeros, que vaya a estudiar. [...] Fui un día, como de costumbre, buenísimos, una forma de vida totalmente diferente a la que uno estaba acostumbrado, una terminología que no entendíamos demasiado. No entendíamos en el sentido de cómo te hablaba la gente. Hay personas de las que vos decís: "Es un gusto hablar con esta persona", porque no solamente utiliza la palabra justa, sino que va acompañada de un gran cariño y sentimiento, a pesar de que ni te conocen.

Digo "entendíamos" entre comillas, porque todos los militantes conscientes que han venido a desarrollar un trabajo allí en San José, sobre todo han ganado el corazón de la gente, qué se yo, de la gente esta que iba, ir a tomar mate en una casa, o amasaban pan y les llevaban, que éste les llevaba los huevos, sin ningún tipo de interés personal...

El eje que articula su memoria es “el corazón”, o sea los sentimientos, a partir de varias antinomias: “los negros” y la policía; los compañeros y la gente; los “de afuera” y los locales. Estas antinomias son construcciones fuertes: la policía que mata maestras; los “compañeros” que son “de afuera” pero buenísimos. Aquí encontramos un elemento subyacente a una estructura de sentimiento que puede denominarse obrera: su visión de mundo, aun cuando es auto referencial, siempre tiende a ser colectiva, grupal. La “gente buena” es solidaria “sin ningún tipo de interés personal”, o sea sus intereses son también colectivos. No se trata de que esto sea cierto sino que el testimonio revela una visión, y un posicionamiento, frente a la realidad.

Otro testimonio interesante fue el de “Lobito”, que también es tucumano y de familia obrera, y cuya militancia se desarrolló inicialmente en un grupo trotskista.<sup>iii</sup> Para él, al igual que para Héctor, era muy importante que al entrevistador le quedara claro lo que él quería transmitir. En esto, si bien Héctor centraba su esfuerzo en lo pausado de su habla, Lobito remarcaba lo que decía con un cierto tono jocoso. Así explicó que:

“[Iba a una escuela de curas, becado, y no me gustaba]. Yo me hacía mucho *la rata* en una plaza. Estábamos con un grupo de

pibes y chistamos una piba que iba pasando, que era grande. Y la piba no sólo que nos respondió el chiste sino que se vino hacia nosotros. Y ahí nos cagó. ¿Qué mierda hacía? Y ahí nos dijo que era del Partido Socialista de los Trabajadores, que venía a hacer volanteo en el colegio que estaba enfrente. Nosotros íbamos a ese colegio, que era un Normal, a esperar que salieran las pendejas a ver si levantábamos alguna. Y que estaba... bueno, nos dio volantes y nos invitó a participar en una reunión de la juventud secundaria de ellos. Claro, los otros eran todos compañeros del colegio que a eso no iban a ir. Se hacían la *rata* y punto. Yo agarré y me dije "yo voy". Y me fui. Y me gustó.

P: ¿Por qué fuiste a la reunión?

R: Y fui a ver cómo era. Ah... ahí está. Por que yo en mi colegio decía que era socialista. No entendía ni mierda qué era el socialismo. Es más me acuerdo que uno de los alumnos me discutía, que hoy es ministro [...] en Tucumán, me decía "es que no podemos ser todos iguales, hay gente que es renga". Y yo le decía "bueno, cuando avance la medicina, vamos a ser todos iguales". Para mí eso era la igualdad, ¿viste? [...] Yo creo que era porque los demás que estaban ahí, algunos salían a la luz porque eran buenos estudiantes, como éste. Otros porque tenían *facha*. Otros porque tenían apellido, como éste que tenía todo a favor. Otros porque, bueno no tenían apellido, pero tenían mucha *guita* y venían en auto cero kilómetros y andaban con la última ropa. ¿Y yo con qué mierda salía a la luz? Yo lo pienso así. ¿Con qué mierda me hacía ver? ¿Con qué llamaba la atención? Con nada. Negro, feo y sin *guita*. Y sin coche. Ni hablar. Entonces me hacía ver diciendo que era socialista. Que en el colegio ser socialista era como un sacrilegio. Ya para esta época estaba alejado de la religión. Iba a misa, pero alejado.

Cuando me metí con la gente del PST encontré un ámbito donde ya me trataban de compañero, había ámbito para conversar, éramos todos iguales. Donde el hecho de ser negro y sin *guita* era una cosa a favor. Nadie te miraba mal por eso, te miraban bien. Te decían "no compañeros, el compañero es pobre". Era piola ¿viste? Y el hecho que no tenía que mentir ahí. Por que en el colegio yo tenía que mentir: que mi viejo tenía mucha *guita*; que tenía un Ford Fairlane, que en esa época era el último grito; que tenían tierras y qué se yo. En cambio, en la Juventud Socialista si les decía que había sido *villero* más bien me trataban. [*Se ríe*] Y eso me gustaba.

Es notable cómo Lobito establece lo que considera las muestras de una clase social determinada: el apellido, dinero, posesiones. Esto le sirve como contraste cuando él señala que es "negro, feo y pobre", y se declara "socialista" porque equivale a agredir a los curas del colegio y a los "ricos". Si bien señala que él no sabía qué era el socialismo, también queda claro que, en su percepción, este es un posicionamiento natural para una persona de su condición. Así esto resalta el impacto de su comienzo en la militancia donde "nadie te miraba mal". Queda en claro que Lobito se siente valorado en lo individual, ya que se lo escucha, y fuerte en lo colectivo porque es entre los socialistas que los "negros, feos y

pobres”, o sea lo que es realmente su aforismo para los obreros, encuentran su realización plena y no tienen “que mentir”.

En ambos casos la explicación hace eje en la vida y de ahí a la política. Esta vida es necesariamente colectiva, y no individual. Para Lobito es una cuestión de ricos contra pobres, para Héctor de gente/pueblo contra aquellos de afuera, o sea de otro sector social. En ambos casos, lo clasista se encuentra marcado por las secuelas de la discriminación racial. “Nosotros” somos los negros, pobres y trabajadores. “Ellos” son blancos, ricos y represores. Este es un elemento muy interesante y que merecería mayor consideración. Como he señalado en otros trabajos, para el obrero argentino los trabajadores son “los negros”, aunque entre ellos existan muchos rubios, blancos y de ojos azules. Evidentemente, en la construcción del “nosotros versus ellos”, el obrero es equiparado, culturalmente, a los esclavos traídos de África en un remedo inconsciente del antiguo aforismo anarquista sobre “la esclavitud del salario”. Más allá de estas consideraciones, lo que se evidencia en ambos testimonios es que la politización no es vista como una ruptura sino como una extensión de algo preexistente, o sea de la vida en si. Como tal “ser zurdo” es presentado como “algo natural” que responde o conecta con sentires clasistas e inclusive raciales. Pero, al mismo tiempo, lo racial es una construcción de la “cultura ordinaria” clasista.

En contraste con los anteriores consideremos el testimonio de Ernesto, un profesor universitario con vínculos con el sindicalismo, procedente de sectores medios con experiencia como activista universitario. Su planteo contrasta fuertemente con los anteriores puesto que el eje es lo individual (su externalidad a los trabajadores) y su realización se logra a través de vincularse, desde afuera, con ellos. La “gloria” era conectarse con el movimiento obrero, lo cual resalta su carácter de externalidad. En cambio para Héctor y Lobito no hay tal externalidad. Ellos “son” la clase obrera y son “los otros” los que no les dan un lugar y trato igualitario. Así, Ernesto explicó su comienzo como militante político en el peronismo revolucionario <sup>iv</sup>:

Entonces digo: tengo que militar. Pero lo que pasaba era que la formación que tenía mi primo, con el que yo había empezado a charlar, inclusive participé en reuniones políticas y con algunos grupos del Peronismo de mi primo. Él era del peronismo típicamente de derecha, estuvo en la JP de la época de Perón, muy ligada a las posiciones nazifascistas teórico-ideológicamente, pero

inofensivo él personalmente, incluso en su historia de vida, hoy día sigue un poco más abierto, pero esas eran sus ideas y ese era su grupo de amigos, con la gente que yo me ligué eran gente que tenían todos razonamientos de derecha. Yo me acuerdo que empezamos a discutir política de la coyuntura y empezaban con Platón, y es más, cuando se quería formar algún grupo, ellos se movían en espacios más intelectuales, se proponían hacer trabajos de apoyatura intelectual al peronismo y entonces teníamos que empezar a definir la concepción de la historia, y ellos empezaban con los griegos y llegaban a Santo Tomás y de ahí no pasábamos. Esto para que te des una idea de lo que era esta gente. Obviamente el clima político y aparte lo que yo entro a recibir en la Universidad venía por otro carril. Al peronismo de la facultad yo lo veía en los carteles, en general era un peronismo combativo. Entonces en ese contexto decido militar, y me digo: ¿con quién? Si no conocía a nadie, no tenía ninguna referencia. Lo único que sabía era que una librería que estaba a media cuadra de la facultad eran Peronistas, donde yo habitualmente compraba mis libros, apuntes... entonces voy y le digo al pibe que atendía: “Mirá, ustedes son peronistas, ¿no? Bueno yo también, ¡quiero militar” ¡Sin conocernos, yo a él o él a mí más que de vista!. El me dice: “Bueno, está bien, nosotros nos reunimos todos los sábados, si querés venir no hay problema”. Me da la dirección y voy al lugar de la agrupación que era el Sindicato de Obreros Navales. Yo estaba en la gloria, sentía que había encontrado el lugar donde militar, que era lo que yo quería en ese momento.

Uno de los elementos más interesantes de este testimonio, cuando lo comparamos con los de Héctor y Lobito, es lo que implica la expresión “tengo que militar”. Es indudable que, al decir esto, Ernesto está hablando de una ruptura y un cambio en su vida, en sus sentimientos y en su conciencia. La militancia es una decisión de fondo para él, y hay un antes y un después. No es lo mismo para los otros dos testimonios citados. La decisión de militar, en sus relatos, fluye de manera fácil y casi inconsciente. Lobito lo presenta casi como un accidente, o sea la graciosa consecuencia de que deseaba “levantar una piba”, mientras que en la narración de Héctor la militancia es que iba a estudiar con dos compañeros “como de costumbre”. Lo que revelan estos testimonios es que para estos obreros, sus estructuras de sentimiento sugieren que la militancia es una mera extensión de la vida cotidiana, mientras que en el caso del profesor universitario esta implica un cambio de fondo en la vida y esas mismas estructuras.

Si bien lo que venimos señalando queda claro en el caso de testimonios de obreros, también es evidente en el caso de mujeres militantes donde es el género, y no lo racial, uno de los elementos que incide para decidir la politización. Silvia nació y se crió en una familia obrera de un pueblo del interior de la Argentina donde las mujeres fueron tempranas

militantes obreras que protagonizaron durísimas huelgas dirigidas por la izquierda. Ella ingresó en el PRT-ERP en 1971 para convertirse rápidamente en un cuadro medio, de “los duros”.<sup>v</sup> En esto Silvia no fue excepción. Muchísimas mujeres argentinas se acercaron a la organización, sobre todo a partir de 1970, hasta conformar aproximadamente 40 por ciento de sus militantes.

Pregunta: ¿Quién empezó a militar primero?

Respuesta: El gordo. El gordo me llevaba para arriba y para abajo. Cuando íbamos a movilizaciones, íbamos juntos. Pero, cuando nos casamos, nosotros vivíamos en un barrio cerca del centro de Córdoba.

P: ¿Cuándo te casaste?

R: En el '71. No, entonces yo fui en el '70. Ya estaba en segundo año cuando me casé. Entonces íbamos al barrio donde militábamos, a la tarde nos juntábamos en la iglesia donde iban todos los vecinos que protestaban por esto, y que esto no tenían, y que aquello tampoco. Y el gordo dijo “voy a venir a atender”... entonces le dije al gordo “nunca, nunca vas a poder decir qué realmente necesita esta gente, o cómo lo necesita, si no vives ahí”. Mientras viva las cosas de lejos no iba a ser lo mismo. Lo discutimos y que lo viera él que siempre iba a ser uno de afuera. Iba a ir ahí nada más que ayudar a la gente, pero no lo iba a vivir. Y si, en ese sentido yo fui la que le piqué a no vivir la militancia desde lejos.

El testimonio es de una riqueza notable y repite una serie de coordenadas que, de ser tomadas superficialmente pueden llevar al engaño o a la confusión. En su testimonio Silvia se representa a si misma como una mujer simple, respetuosa de las convenciones machistas hasta el punto que su marido la lleva “para arriba y para abajo”. Sin embargo, la información que ella misma brinda revela que esta es una imagen construida más que real: ella determina dónde se milita y cómo. De hecho, es ilustrativo que Silvia presenta a su marido como alguien “de afuera”, mientras considera que ella, como “obrero”, sabe lo que necesita la gente. Cuando ella señala que “yo le piqué” establece su liderazgo en la pareja a partir del hecho de pertenecer a la clase obrera, o sea a ser “de adentro” y estar naturalmente politizada. Para Silvia su marido podría parecer más politizado y tener mayor jerarquía como militante, pero queda claro que él no entendía las necesidades de la gente puesto que él no pertenece a la clase obrera. Claramente, en la percepción de Silvia, la clase social es determinante por encima de las convenciones de género. Al igual que en los otros testimonios citados, estas nociones no son producto de un análisis racional, sino más bien responden a un “sentido común” desarrollado a partir de una serie de estructuras de

sentimiento asentadas sobre una experiencia de clase determinada. Para expresarlo de forma más simple: Silvia no analiza esto, para ella simplemente las cosas “son” así y “sabe” que un integrante de otro sector social no puede comprender las necesidades de su colectivo social a menos que comparta plenamente su vida en un proceso de desclasamiento y nueva integración social. Para ella, “la gente” son los trabajadores, hombres y mujeres, y como tales protagonistas de cualquier proceso de transformación social. En esto su actitud no debería sorprendernos, al fin y al cabo los intelectuales compartimos la noción, o sea el sentido común, de que somos los generadores y portadores del conocimiento en un proceso que, sin pensarlo así, justifica nuestra existencia como grupo social. Asimismo, los dueños de fábrica se autodenominan “productores” aunque es muy poco probable que alguno de ellos participe en la producción de bienes en su fábrica. De hecho, estos atribuyen a los trabajadores toda una serie de valores y comportamientos que rara vez pueden ser cotejados con la realidad colectiva.<sup>vi</sup>

Otro testimonio que ilustra lo que queremos decir es el de Cristina, obrera metalúrgica, hija de un dirigente sindical peronista.<sup>vii</sup> Ella es una mujer llena de vida y de alegría que se asemeja a un torbellino con un gran corazón. A mí me interesaba por qué ella, con sus antecedentes peronistas y obreros, había optado por militar en la guerrilla marxista y antiperonista. Cristina había sido “muy milica” o sea una militante muy rígida, al decir de sus compañeras y es una de nuestras testimoniantes “avezadas” por lo que, para poder tratar de penetrar el relato cristalizado hubo que provocarla un poco:

Pregunta: Explicame bien. ¿Porqué una obrera, de familia de activistas sindicales y muy peronista se mete a militar con la guerrilla marxista?

Respuesta: Y... yo tenía conciencia revolucionaria.

Pregunta: Vamos, no me *versées*.

Respuesta: ¿La verdad? Bueno, ¿qué es la verdad? Quizás la verdad es que yo era mujer, metalúrgica, en una fábrica y en un gremio donde éramos muy pocas mujeres. Todos te trataban como si no tuvieras que estar ahí; algunos hasta trataban de manosearte. Y bueno, en el ERP yo era sargento y estaba al mando de la escuadra de la fábrica. Y cuando yo gritaba “cuerpo a tierra”, todos se tenían que tirar.

Claramente este es un ejemplo de “empoderamiento” femenino a través de la militancia. Pero a pesar de lo “femenino”, el tema de ser obrera es el anclaje central en el

relato y por ende en la experiencia. Es muy claro que, para Cristina como mujer, la militancia también es una extensión de su realidad como obrera.

El contraste con el siguiente testimonio es notable, y destaca el carácter clasista del planteo de Cristina. “María” es profesora universitaria también llena de vida y de energía. Su testimonio es una mezcla de emoción y de ironía, donde las palabras salen rápidas y contundentes, para señalar aspectos de género:

En el medio conozco, ya te digo, al papá de los chicos. Estudiaba en La Plata. Lo conozco en un baile. De esos bailes estudiantiles. Salimos tres o cuatro veces. Ahí me entero que es trotskista... yo no entendía muy bien de qué me estaba hablando cuando me decía que había un inconveniente en la relación, que él era trotskista. Yo no captaba qué carajo quería decir. [...] Le pregunto a mi viejo. A mi viejo casi le agarra el ataque. Ya venía de una experiencia con un noviecito que era Tacuara<sup>viii</sup>, que mi viejo odiaba profundamente, y cuando digo "mirá, estoy saliendo con otro chico y me dijo que era trotskista", casi se infarta. Pobre viejo. Bueno, y ahí me empiezo a ligar más concretamente a través de él. Más bien, tengo una profunda discusión... el Gringo aparecía como bien politizado, y bien de izquierda; y yo como una tibia que lo único que defendía era la cuestión de los laicos, que era lo que más o menos tenía claro, y el amor libre. ... había mujeres. Pero no era el perfil de mujeres que a mí me gustaba. Eran descuidadas en el vestir, muy hombrunas. No me llevaba bien con ellas. ... teníamos conflictos con el grupo de gente incluido nuestros compañeros. ... Porque te usaban el azúcar, el mate, te dejaban todo patas arriba. ... si te comprabas una *pilcha* o no te la comprabas. Bueno, discusiones de ese tipo. Más o menos en esos términos se daban las discusiones. No había mucha profundidad en mi pensamiento. ... empieza toda la discusión con la aparición del Che y demás, la discusión un poco más fuerte de la necesidad de la lucha armada. La imposibilidad de hacer una revolución por la vía pacífica. Se da una discusión fuerte, que termina con la ruptura del Partido evidentemente. Y en eso es importante que el grupo de amigas mías, hasta ese momento laterales de Palabra Obrera, si se prenden. O sea, el problema del Che, la cuestión de la lucha armada era una cosa convocante para nosotros. ...Y yo no tengo claro porqué. Nos parecía... Lo que más me acuerdo es que me parecía que se terminaba con el verso. Bueno esto va en serio. Esto así planteado es en serio. Lo otro es pura palabrería.<sup>ix</sup>

Es notable como María parte de un planteo individual (Héctor dice “no entendíamos”, mientras que María señala que ella “no captaba”), que contrasta con Cristina que rápidamente se sitúa en la fábrica. Por otra parte, María utiliza lo femenino para dejar en claro que los que no entendían “la política” eran precisamente “los politizados”. Al señalar que el Gringo “aparecía” como muy politizado esta subrayando que no lo era,

porque “aparecer” no es “ser”. Esto contrasta con el hecho de que María declara que ella aparecía como “tibia” (o sea de un bajo de nivel de politización) porque era un ser humano normal al cual “el palabrerío” le disgustaba, y comienza a militar cuando siente que “es en serio”. Más aun, el comportamiento cotidiano y el aspecto físico de las militantes (“era muy hombrunas”) le sirven para señalar algo incorrecto que revela la distancia de estos militantes con los trabajadores. En consonancia con el eje individual, aquí también la politización se presenta como una ruptura a partir de lo que ella establece como criterios correctos de vida. En su relato hay un antes y un después de la decisión de “prenderse”, y lo convocante (“el problema del Che”) es externo a su realidad cotidiana.

Lo anterior también se puede ver en términos de la construcción de la memoria a partir de los balances que distintos entrevistados hicieron de su propia militancia. Uno de los aspectos más interesantes es que todos apuntan a vincular la experiencia personal y el pasado con un futuro. En esto es distinto el enfoque y la subjetividad según el sector social. Para Ernesto, que también hemos citado antes, el balance está profundamente ligado a un momento histórico y la mirada tiende a ser “desde afuera”. En cambio, para los otros ejemplos, la militancia y lo construido adquieren la forma de mito, donde lo central es una combinación que plantea que lo hecho individualmente no fue inútil, que sirve como lección para las nuevas generaciones (de ahí el tono heroico), y que no importa el resultado actual ya que “venceremos”. Claramente, los entrevistados repiten una estructura en la construcción de su memoria donde lo central es su posicionamiento que revela las improntas clasistas. Según Ernesto <sup>x</sup>:

Pregunta: Si tuvieras que hacer un balance de toda tu militancia en esa época, ¿qué balance harías?

Respuesta: Mira, es difícil hacerlo a través del tiempo y después de mucho tiempo, pero yo te digo, para mi fueron los momentos mas emocionantes de mi vida. Te voy a contar una anécdota. Yo estuve trabajando con pibes de la calle, pibes que estaban presos. Entonces es muy difícil comunicarse con ellos porque no creen en nada, tienen todo un código y un mundo de valores muy particular. Y nos entramos a conectar desde lo marginal, entonces ellos llegaron a entender que yo también era un marginal y que también me había peleado con la policía lo mismo que se habían peleado ellos. Pero por otras razones. Entonces me preguntaban. Les *copaba* muchísimo cuando les entraba a contar las anécdotas y cómo *operaba*; la cosa militar los volvía locos. Entonces logré la comunicación. Pero una de las cosas que yo les contaba es que lo mismo que a ellos les produce de repente la droga o determinado

tipo de... a nosotros nos pasaba en una movilización cuando lo veíamos a Perón. Se creaba una situación emocional tan fuerte que era una cosa indescriptible. Yo me acuerdo cuando vimos a Perón en el balcón, sentíamos que estábamos en la gloria. Era una cosa muy fuerte, supongo que casi mística, de mucha fuerza, que era histórica. Si vos me decís: "Yo tuve alguna vez afección por los fierros". No, nunca me gustaron ni me interesaron, pero en ese momento era una cosa casi natural que el compromiso histórico te empujara en esa dirección. Era hasta inmoral descomprometerse. Era decir: "Bueno, estamos haciendo una cosa histórica importante donde la justicia social es una perspectiva real y posible y estar afuera es como ser el peor de los hijos de puta. Cómo te vas a quedar afuera de este proyecto popular y demás. Entonces había una cosa emocional muy fuerte. Otra anécdota: un congreso estudiantil en Rosario, en la facultad. Como no logramos armar la FUA propia se armó con todos los centros de estudiantes que teníamos en el país una coordinadora de centros, federaciones y centros. Me acuerdo que se hizo la presentación, ya estaba todo arreglado, se hacía un acto donde estaban todas las barras nuestras y los aliados que participaban con nosotros. Yo te digo, estuvimos media hora por reloj gritando "Montoneros" y no podíamos parar. Era un cantito como los de la cancha pero solo la palabra "Montoneros". ¡No podíamos parar! Yo sentía un nivel de exaltación emocional impresionante. Yo creo que ese era el clima que vivíamos nosotros. O sea, no lo vivíamos ni como una tragedia... no, al contrario, nos cagábamos de risa en ese contexto, sabiendo que en cualquier momento te podías perder.

Una vez más se ve su entusiasmo y el cómo la militancia marca su vida y deja una impronta indeleble en su testimonio y en la construcción de su memoria. Pero lo colectivo en su relato —o por lo menos la forma en que construye su memoria— es externo. Así, él se “conecta” con los “chicos de la calle”; la mística peronista era “muy fuerte”; y el “clima” que se vivía genera la exaltación colectiva. Es notable que la justificación de su militancia es una presión externa, no su condición humana, al señalar que “en ese momento era una cosa casi natural que el compromiso histórico te empujara en esa dirección”, y el no comprometerse, a sus ojos, conlleva una fuerte condena moral.

Contrastemos esto con los dos testimonios presentados más abajo. El primero es de Roberto y Aníbal<sup>xi</sup>, dos obreros de la construcción, militantes comunistas. Lo más notable es que el relato de inmediato toma características épicas donde ellos, los entrevistados, y su memoria se encuentran subsumidos en un “nosotros” clasista y obrero.

Roberto: El detalle que yo quería señalar: hay una batalla, la gran represión, se desbanda todo. Pero la represión se limitó en cierto grado. Treinta mil desaparecidos; destrucción de las organizaciones hasta cierto límite, bueno todo lo que sea ¿no? Pero, enmarcado en

la historia, no se puede destruir nunca porque sino el cambio no sería posible. Toda la actividad política queda de una manera u otra en algún lado, en algunos seres humanos, en todos queda en mayor o menor grado. En algunas circunstancias se le agrega al activismo cuestiones psicológicas, económicas, que lo hacen cambiar. No es solamente el activismo ese de los bolsones, de los activistas ¿no?, sino todo el aprendizaje de las experiencias vividas en el anterior gobierno y de la historia que queda grabado en alguna gente y se expresa de alguna manera o de otra en el resto. Porque si no tendrían que haber asesinado a treinta millones de personas. Es imposible. El proceso no se pierde. Y no tiene nada que ver con la identidad, la conformación de una futura estructura de vanguardia efectiva. Esto es el abono de todo.

Por eso digo ¿cómo surgen los nuevos activistas? Vos decís, por ejemplo, tal organización la hicieron mierda, pero una serie de principios y criterios siguen existiendo en la clase aunque no responda a la orgánica. Me trae a la memoria lo que pasaba con Sandino. Pasaron 75 años y eso no se perdió. Es lo mismo, la memoria de una lucha adquiere características portentosas o revolucionarias.

Sin caer en el facilismo, potencialmente nosotros estamos de acuerdo que nadie nace bueno o malo, especialmente el que sufre y se banca todo, el pueblo en definitiva, tiene un caudal de toda esa experiencia que vos hablabas condensado impresionante. El punto es saber meter la llave y abrir la puerta. Pero esa llave y esa puerta la abre alguien que se gana el derecho a abrir y cerrar la puerta. Ahí se abre un potencial humano terrible. Que lleva a los pueblos, cuando se dan los cambios sociales, a dar la vida. Sin llegar a tener la súper conciencia.

Aníbal: Sí, pero la llave no la da ninguna organización que no se haya ganado el derecho a abrir la puerta.

Para ellos el protagonista es “el pueblo” y “la clase”, donde ellos están incluidos. A partir de ahí la imagen más fuerte es la referencia a Sandino, o sea a la historia, donde las luchas son portentosas y, más allá de las derrotas transitorias, no se pierden. Si para Ernesto la experiencia militante fue individual con lo que su testimonio se centra en lo que él hace, dice, o vivió, para Roberto y Aníbal la militancia es colectiva y clasista. Así, al ubicarse dentro de un contexto colectivo, su participación trasciende lo temporal para convertirse en parte del proceso de lucha de clases histórico.

Esto es aun más notable en el segundo testimonio, de un obrero azucarero tucumano y militante del PRT-ERP <sup>xii</sup>. Su balance toma rápidamente características poéticas, para desarrollar un tono épico, casi místico, donde lo subyacente es que en lo individual ha sido derrotado pero que, al igual que Roberto y Aníbal, se siente parte de un colectivo, o sea de la clase obrera, que eventualmente triunfará.

Pregunta: ¿Qué ha quedado de la experiencia de ustedes?

Respuesta: Tengo mucho dolor y mucho orgullo en mi alma. Sobre todo no me arrepiento de nada. En los años venideros nuestros hijos y nietos mirarán lo que hicimos y dirán "hubo gigantes aquí, en Tucumán, que supieron dar todo lo que tenían por la dignidad del hombre". Me duelen los caídos, extraño a los desaparecidos, y me apeno por todos aquellos que no saben rescatar su propio pasado de dignidad y lucha. Pero estoy seguro que no sembramos en el vacío porque con nuestra lucha, nuestro esfuerzo y con nuestro sacrificio supimos señalar el camino.

En estos dos testimonios lo notable es que los entrevistados se ubican como parte de un movimiento histórico de lucha y conflicto contra “los otros”, donde la vida es un sacrificio permanente hasta el triunfo final. Si Roberto y Aníbal se comparan con Sandino (ambos se sienten derrotados pero la historia les sirve para reivindicar lo que pronostican será su triunfo eventual), este último testimonio parte de definir su orgullo por haber sido “un gigante” que marcó el camino para las generaciones venideras. Asimismo, al calificar su lucha como “por la dignidad del hombre” también señala a los “otros” como aquellos que bregan por lo contrario. En una breve línea Chiquito justifica su lucha, le da un sentido moral, y sienta las bases de su perdurabilidad. Una vez más, la narración trasciende lo individual para expresar una visión histórica intergeneracional: son los hijos y los nietos, también obreros, los que aprenderán del sacrificio realizado.

Esto es, según la interpretación que aquí planteamos, una visión fuertemente clasista. La esperanza es patrimonio de todos los sectores sociales, pero entre los trabajadores tiene una característica particular y es su permanente referencia colectiva. Esto se forja y es producto de relaciones sociales de producción. O sea, no sale de la nada sino más bien surge en el trabajo fabril, y otros sectores sociales, ya sean empleados o profesionales cuya labor tiende más a lo individual, no registran las mismas características en su subjetividad. Para el universitario y profesional, las coordenadas de referencia en su testimonio son siempre “yo” y “ellos”, para los trabajadores la tendencia es a un “nosotros” inclusivo y colectivo.

Lo anterior no es, simplemente, un derivado cultural argentino o un caso particular de algunos testimonios. Que esto no es simplemente una característica “individual” o “nacional” se evidencia cuando revisamos memorias o testimonios de obreros de otros países. Un ejemplo es el relato de Robert Linhart sobre los obreros de la fábrica Citroën de Choisy (Francia). Allí la experiencia de los trabajadores se forja directamente en el trabajo:

“Todos sienten con idéntica violencia el oprobio y el desgaste de la cadena.” (LINHART. 1979, p. 27) Otro ejemplo, es el testimonio de Mario Manzardo, un obrero norteamericano que entró a trabajar en la empresa Pullman en 1927. Desde el principio, su testimonio establece que “entré en los mismos talleres donde trabajaban mi padre y mi hermano. Allí aprendí lo que significa ser obrero”.<sup>xiii</sup> Al igual que en los testimonios de obreros argentinos citados más arriba, Manzardo parte de ubicar su vida firmemente en el contexto de la fábrica y parece decir que sólo se puede comprender su vida a partir de ser parte de la clase obrera. Tanto Manzardo como Linhart revelan en sus relatos, basados en experiencias individuales, la articulación entre el individuo y el colectivo social. Su virtud es que, al ser ambos activistas y militantes, su relato explicita con mayor claridad esta relación y se convierte un prisma por el cual la subjetividad individual permite vislumbrar mecanismos concretos de cohesión clasista, o sea el proceso de la conformación de una clase social determinada.

Este proceso de articulación entre un obrero y el conjunto de la clase obrera fue explicado, hace ya casi 35 años, por el sociólogo David Halle en su estudio sobre los trabajadores petroleros de *Imperium Chemical* en New Jersey (Estados Unidos). Allí, Halle pudo observar toda una serie de pautas culturales que eran un emergente de la realidad social y que se podían percibir a través de un cuidadoso análisis de la praxis laboral. En elemento articulador y determinante de esta praxis era la solidaridad obrera. Si bien esta solidaridad tenía distintas fuentes, en particular surgía de la necesidad de colaborar para realizar sus tareas y del hecho de que desarrollaban una “vida social laboral” al pasar mucho tiempo juntos. A su vez se expresaba en comportamientos, criterios, expresiones y una cultura concreta, o sea tenía forma en una *praxis* social. En este sentido, la solidaridad obrera era un emergente y una resultante de las relaciones sociales de producción. Al mismo tiempo, en algo aparentemente difícil de comprender para muchos analistas, el ser parte de un colectivo no necesariamente significa la pérdida de la individualidad. De hecho la articulación entre colectivo e individuo es lo que genera una subjetividad determinada y una praxis social. Es por esto que Halle señala que: “esta solidaridad no debería ser exagerada ni romantizada, por que también se encuentra puntuada por conflictos y disputas”. En síntesis, el compartir una *praxis* solidaria y colectiva no quiere decir que esta se traduzca en una permanente armonía. (HALLE. 1984, pp 171-176)

Cuando esto se combina con la militancia, lo clasista y obrero toma características redentoras y épicas. Por ejemplo, el obrero guerrillero mexicano Antonio Orozco Michel cierra su testimonio explicando que:

“La Historia nos ha dado la razón, nos equivocamos en la forma precipitada en que fuimos a una confrontación [...]. Históricamente nunca han sido el pueblo y sus organizaciones quienes han recurrido en primera instancia hacia formas violentas para alcanzar sus objetivos, siempre han sido las clases en el poder las que han recurrido a la violencia cuando les resulta imposible mantener bajo control la situación. Y cuando esto se ha dado, ha sido legítimo el uso de formas de autodefensa y el derecho a rebelarse e, incluso, el legítimo derecho a levantarse en armas en contra de un régimen dictatorial y reaccionario contrario a los intereses de la mayoría”. (MICHEL, 2008, pp. 79-82)

El tono, las imágenes, el léxico todos recuerdan al testimonio de Chiquito o al de Aníbal y Roberto señaladas previamente. La única explicación posible para todo esto es que son nociones que se conforman como estructuras de sentimiento a partir de experiencias concretas: el trabajo colectivo industrial en contraposición al trabajo individual aun cuando este último sea en equipo.

A partir de los testimonios considerados, lo que surge es que si una clase es una relación social, entonces esta puede ser percibida en su praxis y, sobre todo, en la subjetividad de sus integrantes. En el caso de la clase obrera esta praxis implica una serie de criterios, una perspectiva y un comportamiento, que se condice con la realidad de la producción fabril y colectiva. Los individuos que la componen tienen una complejidad propia de cada ser humano y de su realidad, pero de conjunto trascienden lo individual para generar características y perspectivas comunes a todos sus integrantes que conforman “un sentido común” o una cultura clasista. Dichas características pueden ser vislumbradas en las estructuras de sentimiento que representan las experiencias individuales y colectivas, para generar un comportamiento (o sea una praxis) social. Por ejemplo, es un hecho que la producción fabril impone solidaridades sin las cuales no es posible el trabajo industrial. Sin embargo, hay muchos tipos distintos de solidaridades: religiosas, políticas, familiares, de pandillas, delictivas. Pero todas estas se basan en perspectivas e intereses individuales, como por ejemplo el criterio de la salvación divina a través de un comportamiento acorde con determinados valores religiosos, o la solidaridad derivada de la supervivencia frente a

la persecución policial. La solidaridad obrera es la única que se basa no en un deber ser sino que simplemente “es”, o sea es vivida como “natural” y correcta, como un “sentido común” o, al decir de Williams, como una “cultura ordinaria” (WILLIAMS, 1989), más allá que el obrero en particular exprese esto en términos religiosos o familiares. De ahí que la principal impronta clasista en los testimonios obreros sea un “nosotros versus ellos” (ellos son de tal forma, mientras que “nosotros” es un comportamiento correcto) que se diferencia del de otros sectores sociales donde la tendencia es a estructurar las narraciones como “yo versus ellos”, o “yo versus él”. Para los integrantes de los sectores medios el “yo” es subsumido en el “nosotros” de la militancia luego de un proceso de aproximación externa. Pero para los entrevistados obreros no hay tal separación, siempre es “nosotros” y la militancia es un subproducto de esa realidad. Esto corta a través de otros elementos propios e importantes en el individuo. Es por esto que un obrero argentino blanco y rubio pueda considerarse natural e inconscientemente como parte de “los negros” y tenga más aspectos en común con un obrero negro que con un patrón blanco.

La subjetividad a la que podemos acceder a través de la historia oral permite comenzar a discutir una vez más las características de cómo se conforman los colectivos sociales. En particular, las entrevistas con militantes y activistas da un acceso privilegiado a esta subjetividad puesto que, al relatar una praxis específica, permite aproximarse a criterios colectivos, contrastándolos entre si para vislumbrar las constantes en las estructuras de sentimiento de grandes grupos sociales en sociedades y momentos históricos determinados. Como expresó Raymond Williams: “Existe una distintiva forma de vida de la clase obrera [...donde] hay una relación entre cultura y producción [...] Una cultura tiene significados comunes, producto de todo un pueblo, y que ofrecen significados individuales, producto de la totalidad de la comprometida experiencia social y personal de un hombre.” (WILLIAMS, 1989, p. 08)

---

<sup>i</sup> Entrevista con “Matico”, Córdoba, 14 de agosto de 1992.

<sup>ii</sup> Entrevista con “Héctor”, Buenos Aires 3 de diciembre de 1992. Pibe: niño. Morfar: comer. Mi vieja: mi madre.

---

<sup>iii</sup> Entrevista con “Lobito”, Buenos Aires, 22 de febrero de 1993. La rata: ausentarse de la escuela sin permiso. Guita: dinero. Villero: habitante de barriadas pobres. Un elemento interesante es que el padre de Lobito pertenecía a la derecha nacionalista.

<sup>iv</sup> Entrevista con Ernesto, Quilmes, provincia de Buenos Aires, 8 de noviembre de 1990.

<sup>v</sup> Entrevista con “Silvia”, México, D.F., 25 de mayo de 1991. “El Gordo” era médico.

<sup>vi</sup> Un buen ejemplo de esto es que tanto sectores medios, como pequeño burgueses y burgueses, consideran que cualquier obrero es naturalmente vago y no desea trabajar a menos que se lo obligue confundiendo explotación con trabajo, esto más allá de que la historia mundial del trabajo demuestre precisamente lo contrario: los trabajadores han demostrado resistencia ante la explotación y no ante el trabajo en general.

<sup>vii</sup> Entrevista con “Cristina”, Buenos Aires, 1 de abril de 1995. Versear o hacer el verso: engañar, “hacer el cuento”.

<sup>viii</sup> Tacuara era un grupo de derecha nacionalista.

<sup>ix</sup> Entrevista con “María”, Buenos Aires 10 de marzo de 1993. Pilcha: prenda de vestir.

<sup>x</sup> Entrevista con Ernesto, Quilmes, provincia de Buenos Aires, 8 de noviembre de 1990. Copaba: entusiasmaba. Operaba: realizaba acciones armadas. Montoneros: organización armada peronista revolucionaria creada en 1970.

<sup>xi</sup> Entrevista con Roberto y con Aníbal, Monte Chingolo, provincia de Buenos Aires, 30 de octubre de 1991.

<sup>xii</sup> Entrevista con Chiquito, Buenos Aires, 10 de marzo de 1989.

<sup>xiii</sup> Entrevista realizada por Gary Antlept. Traducción de Valeria Bueno. En Pablo Pozzi. *Historia clasistas desde abajo. Testimonios de obreros norteamericanos*. Buenos Aires: Programa de Historia Oral/Editorial El Colectivo, 2008; página 12.